
Nuestra salvaje juventud

MARI OKADA Y NAO EMOTO

Milky Way, 2019



Las buenas historias apelan a lo universal desde lo particular. No es algo difícil de entender: toda historia siempre trata de un individuo, un grupo de ellos en el mejor de los casos, en cuyas cuitas el lector se ve reflejado. Por eso no existe lo universal sin lo particular. Porque el buen arte es siempre reflejar en un caso específico algo que todos experimentaremos de uno u otro modo.

En ese sentido, Mari Okada y Nao Emoto en *Nuestra salvaje juventud* tienen muy claro de qué quieren hablar. De sexualidad. Del despertar sexual. De qué significa levantarte un día y descubrir que ya no eres un niño, o, cuanto menos, que el mundo a tu alrededor ya no es asexual. Y para hacerlo, Okada al guion, Emoto a los lápices, deciden acudir a la particularidad de una experiencia que no se suele tener en cuenta: la sexualidad de las mujeres jóvenes.

Como centrándose en ese público y lo que se asocia con él, es decir, el de las mujeres, si algo llama la atención del dibujo de Nao Emoto es su suavidad. Dibujante también de *Soredemo Boku wa Kimi ga Suki*, aquí retoma la expresividad de sus personajes, el interés en los planos detalle y el impacto emocional llevándolo a un dibujo más sencillo, más *moe*, que resulta adorable y reconfortante. Algo que logra gracias a unos diseños cuidadísimos, donde no hay dos personajes ni remotamente parecidos, y una encomiable maestría en el trazo, con unas líneas perfectamente suaves que juegan muy bien con los cambios sutiles en la presión de la pluma.

Ahora bien, no nos engañemos. Toda esta suavidad no significa que cuando lleguen los momentos de más intensidad emocional el estilo de Emoto acabe lastrando el impacto de la historia. Más al contrario, su estilo favorece la tensión. Ya sean los

momentos eróticos, sus conatos próximos al terror o, simplemente, las numerosas conversaciones donde alguien no está diciendo todo lo que está pensando, la expresividad de sus personajes y la comprensión de la función compositiva hacen posible leer *Nuestra salvaje juventud* incluso sin atender a lo que dicen las palabras.

En cualquier caso, no será interés de nadie no atender a las palabras. Porque si el dibujo del manga es, como poco, sobresaliente, entonces su guion es, como mínimo, excepcional.

Mari Okada explota aquí algunos de sus intereses conocidos, aunque no necesariamente del modo que esperamos. De drama contenido, tono claramente positivo y constantemente optimista, aquí hay menos pérdidas desgarradoras y más eventos que se sienten apocalípticos en lo personal, incluso si puestos en perspectiva no fueron para tanto. Es decir, asume un enfoque mucho más íntimo y personal, centrándose en los personajes y no tanto en las circunstancias que habitan, siguiendo el estilo de algunas de sus obras como guionista de animación como *Dragon Pilot: Hisone and Masotan* o *Wandering Son*. Es decir, que nadie espere grandes giros dramáticos o un caer en las aguas del melodrama; la Okada de *Anohana* se deja ver aquí solo en pequeñas dosis, en conflictos mucho más pequeños y localizados.

Esto significa que todo el manga se centra especialmente en sus personajes. Su conflicto es cómo un grupo de cinco chicas adolescentes abordan su entrada en el mundo adulto, específicamente en todo lo relacionado con el sexo y el amor, adentrándose gracias a lo que han aprendido de los clásicos que han leído en su club de literatura. Algo que, por más que sea una experiencia estética prodigiosa, no les ha enseñado a lidiar con esas emociones nuevas, confusas y, para qué negarlo, un tanto siniestras. No cuando quienes normalmente han escrito sobre sexo, y se les ha reconocido como maestros, han sido los hombres.

Por lo anterior, sería muy fácil que el manga cayera en lugares comunes incómodos, pero la particular sensibilidad de Okada evita las salidas más escabrosas para centrarse de forma particular en los aspectos más interesantes del despertar sexual. Con un enfoque netamente femenino, aunque con algunos vistazos hacia la perspectiva masculina, ni hay sexualización alguna de los personajes ni hay glorificación alguna del sexo o sus bondades. Todo se lleva con naturalidad, intentando dar el mejor retrato posible de lo que es, para una mujer joven, abrirse al mundo de las relaciones sentimentales y el sexo. Especialmente, cuando su única fuente de conocimiento al respecto han sido los libros o, peor aún, adultos que no necesariamente han querido poner el saludable crecimiento de ellas por encima de sus propios intereses.

Ahora bien, no nos confundamos. Okada no pretende dar una visión monolítica del despertar sexual. Hay cinco chicas y cada una se enfrenta a ese hecho de un modo diferente, propiciado por sus circunstancias. Por eso, incluso si al principio el conflicto

parece estribar entre quienes están interesadas en el sexo y quienes no, rápidamente se vuelve mucho más complejo, añadiendo problemas románticos, de prejuicios e incluso posibles abusos, lo que hace que cada una de ellas tenga una motivación y una evolución completamente ajena, y ni mejor ni peor, que las de todas las demás.

Un ejemplo claro es el de Kazusa, la protagonista titular, aunque todas las chicas son protagonistas. Kazusa es una chica sencilla, no demasiado avispada, un poco infantil. Tierna, dulce, un poco paranoica. ¿Y cómo es su despertar sexual? Descubrir a su mejor amigo de la infancia masturbándose con una película porno. Algo que nos dará lugar a una concatenación de escenas hilarantes, pero también al conflicto principal de Kazusa: ni entiende el sexo ni entiende las necesidades sexuales, porque jamás ha dedicado ni medio pensamiento al tema. De ese modo, pasará de la aversión al interés envuelto en pánico mientras descubre, por ejemplo, que las mujeres también se masajean. Y no en menor grado que los hombres, incluso si la sociedad intenta ocultarlo bajo la alfombra.

Ese es otro aspecto muy relevante del manga. Cómo señala de forma constante que el despertar sexual de las mujeres es diferente no porque sean esencialmente diferentes a los hombres, sino por cómo se les niega su sexualidad. Incluso si la falta de educación sexual es igual para todos, para ellas es especialmente espinosa porque se suma el hecho de que las señoritas «no hacen eso». Algo que en el manga está retratado de forma excepcional, sin decirlo nunca explícitamente, lo cual le da una lectura sociopolítica muy interesante que, en cualquier caso, nunca se pone en medio del desarrollo de la historia.

Porque aquí lo más importante son las chicas. Cómo descubren quiénes son y cuál es su relación con el sexo, el amor y el mundo a través de un despertar sexual abrupto, extraño y lleno de prejuicios. Algo que resultará familiar a cualquier persona, independientemente de su género, aunque rara vez vemos una descripción tan brillante, además, hablando de un grupo de cinco mujeres. Porque a lo universal se llega desde lo particular, y la universalidad y particularidad de *Nuestra salvaje juventud* debería estar más allá de toda duda. Incluso si quienes narran y son narradas no son hombres.

ÁLVARO ARBONÉS

Álvaro Arbonés (Zaragoza, 1988) ha estudiado Filosofía en la Universidad de Zaragoza. Escribe crítica cultural en varios medios de Internet (Canino, Cinemania, Anaitgames). Su primer libro en solitario es Tú (no) necesitas ser un héroe, publicado por la editorial Héroes de Papel.